

La Iglesia Se Reúne Mediante El Sacerdocio de Jesucristo Con El Propósito De Ministrarse Los Unos A Los Otros

Textos Base: Hebreos 10:19-25

Por: Vicente Cammarano

Propósito: Que los asistentes y lectores comprendan que, las diferentes características que destacan a la iglesia nos conducen hacia una verdadera comunidad cristiana.

Pasaje bíblico base: Hebreos 10:19-25

RVA: "Así que, hermanos, teniendo plena confianza para entrar al lugar santísimo por la sangre de Jesús, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo (es decir, su cuerpo), y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura. Retengamos firme la confesión de la esperanza sin vacilación, porque fiel es el que lo ha prometido. Considerémonos los unos a los otros para estimularnos al amor y a las buenas obras. No dejemos de congregarnos, como algunos tienen por costumbre; más bien, exhortémonos, y con mayor razón cuando veis que el día se acerca."

Introducción:

Hemos llegado al final de la serie que iniciamos hace cinco sermones atrás. Por tal motivo hoy quisiéramos dejar más claro nuestra pretensión, sin embargo, hay que reconocer que nada podrá cambiar a menos que los oyentes y lectores hayan tomado esa decisión, la de cambiar. De hecho, es cierto que Cristo cambia el corazón del hombre, pero sólo porque éste lo ha dejado entrar dentro, para que justamente lo cambie.

Ha sido mucho lo que hemos dicho y mucho lo que la Palabra nos ha revelado con relación a la verdad de lo que significa **ser iglesia**. A través de muchos pasajes recorridos, hemos querido corregir la razón de nuestra identidad, la cual no es otra que **ser iglesia**. Una identidad que Jesucristo nos la ha dado por su sola gracia y no porque haya sido un invento nuestro ni mucho menos porque nosotros no la merezcamos.

Lo cierto es que, nuestro Señor Jesucristo no vino a salvarnos para darnos más carga, sino para salvarnos y darnos libertad. Y cuando nosotros somos constituidos como iglesia, debemos saber, que lo hacemos justamente nueva vida de libertad que ÉL nos ha dado, así que, esto que hoy somos y sobre el cual nos reunimos, no ha de pensarse ni de tornarse una carga para el creyente, sino un

gran motivo y oportunidad de gozo, producto de la libertad adquirida. Todo lo que obtenemos por la libertad no ha de convertirse en un carga.

Pero cierto es que, cuando volvemos atrás o ignoramos por completo lo que significa **ser iglesia**, se desarrolla por lo general en nosotros dos comportamientos, que crean dos grupos: ❶ Un grupo, son aquellos que persisten en reunirse por costumbre religiosa y no por la verdadera razón de **ser iglesia**, y así pierden su tiempo en una reunión innecesaria y con propósitos totalmente contrarios a su nueva identidad. Y cansados estamos de ver los resultados: riñas, envidias, contiendas, luchas de poder y el peor de todos, la puesta en práctica del ejercicio de juzgar a los demás, porque creyendo que al ser ellos lo que han permanecido asistiendo regularmente, esto los ha convertido en más y mejores cristianos que otros, y así no sólo dañan su comunidad sino que minan el camino para que otros puedan ingresar. ❷ Por el otro lado, están los que conforman el otro grupo, que son los que huyen de la comunidad y empiezan a creer que se puede **ser iglesia** en la soledad del desierto de esta vida de peregrino. Y como han perdido el rumbo y el claro concepto de lo que significa **ser iglesia**, pues salen desesperados de la sabrosa reunión eclesial, porque lamentablemente según ellos, se les ha convertido en una carga, en vez de seguir siendo lo que es, una bendición de gracia, producto de la libertad adquirida a través de la obra salvífica de Jesucristo.

Estos dos grupos han existido en toda la historia de la iglesia, y parecieran que existirán por mucho más tiempo. Ellos se repelen y se anteponen en sus discusiones, queriéndose acusar para así justificar su actitud. Sólo que ninguno de los dos tiene la razón, pues la única verdad es que ambos no saben o han ignorado por años lo que significa **ser iglesia**. No saben lo que es ser casa de Dios, familia de Dios, pueblo de Dios, comunidad que sólo existe y existirá en Jesucristo, por Jesucristo y para Jesucristo.

Ahora bien, esta ha sido la razón por la cual iniciamos esta serie que culmina hoy. Tan sólo pretendemos ejercer la función pastoral de cuidar nuestra comunidad, y como mencioné anteriormente, de allí nacieron estos seis sermones, de tal manera que cuando vayamos caminando entre este mundo de espinas, podamos florecer como rosas en medio de un rosal, de igual manera mientras vamos a nuestra reunión eclesial establecida, vayamos claros y dispuestos a ejercitar la razón de nuestra identidad como tal. De tal manera que así corregimos nuestra actitud de querer traer a nuestros hijos con el propósito de sólo jugar, así corregimos nuestra actitud de venir hacer negocios, a nuestra actitud de venir a corregir lo que se hace y el cómo se hace. También corregimos nuestra actitud

díscola para establecer nuestra adoración comunitaria al único que se la merece, Jesucristo.

En tal sentido, finalizamos esta serie con un sermón que busca repetir hasta el cansancio la preeminencia de Jesucristo como el garante sacerdotal de nuestra existencia y confiada reunión, así como la de establecer uno de los más grandes propósitos por los cuales asistimos a nuestras reuniones eclesiales, como las que usted, domingo a domingo asiste. Por ello nos preguntamos que significa **ser iglesia** al reunirnos.

I. Significa en primer lugar, que la iglesia puede confiadamente reunirse como la familia de Dios, porque tiene a Jesucristo como su supremo sacerdote. (Hebreos 10:19-22)

Es justo el sacerdocio expiatorio de Jesucristo el que nos permite el poder reunirnos y conformar el ser su iglesia.

Permítanme una cosa antes que nada, no es mi deseo hacer una ponencia teológica acerca del sacerdocio de Jesucristo. Para aquellos que estén interesados en saber doctrinalmente lo que significa Jesucristo como supremo sacerdote, puede leer todos los capítulos anteriores al diez en esta carta a los Hebreos. El escritor de esta carta hace una vasta explicación bien precisa sobre este tema.

Pero lo que sí yo deseo destacar es que, cuando nos reunamos, hagámoslo confiadamente en que Jesucristo media como sacerdote en medio nuestro y con el Padre celestial. No hay lugar para el reproche, no hay lugar para creerse el mayor pecador que jamás podrá disfrutar de una comunidad cristiana, no hay lugar para autorizaciones gubernamentales, no hay lugar para nada que no sea la de mentes y corazones concientes que saben que ha sido la poderosa obra salvífica hecha por Jesús sumo sacerdote, la que nos permite reunirnos, leer las Escrituras, cantar y orar juntos.

Así como la marca de una sangre sobre el dintel de los Israelitas, los distinguió para salvarlos en los tiempos que vivieron antes de la salida de Egipto, así como la sangre de un cordero que se ofrecía cada tiempo necesario para que Dios pasara por alto el pecado de su pueblo y ellos pudieran tener acceso a Él, así nosotros estamos bañados de la sangre de Cristo por completo y para siempre cuando hemos creído en Él y hemos entregado nuestra vida a Él para que obre con poder y gracia.

Todos los que estamos bañados por su sangre podemos venir hoy y reunirnos en su nombre confiadamente, independientemente que hayamos cometido falta alguna, nadie de los de aquí puede sentirse execrado como para no participar, ni mucho menos puede execrar a nadie. Es el ministerio sacerdotal de Jesucristo el que nos permite hacer esta y otras reuniones que hagamos en su nombre. No es nuestra condición emocional o la permisología que obtengamos para ello, ¡NO! Es El sacerdocio efectivo y eterno de Jesucristo.

Porque Cristo no sólo murió por nuestros pecados pasados, sino por los presentes y futuros, de tal manera que ya el pecado no nos domina. Ahora bien, cómo es eso que no nos domina, pues no nos domina en el sentido que ya no nos carga con hacernos pensar que con el pecado volvemos a estar separados de Dios. Jamás el pecado volverá a tener ese poder en nosotros porque para ellos hemos sido liberados y esta libertad es la que produce en nosotros el deseo de vivir en santidad. La obra de ser perdonados para siempre y por siempre, así como la de hablar con el Padre confiadamente no podrá ser destruida por nadie, puesto que el sufrimiento de Cristo fue en la carne para así quitar el obstáculo de lo que nuestra carne hace. Por ello dice el versículo 19 "[él nos abrió a través del velo \(es decir, su cuerpo\)](#)", y para completar la idea, el versículo 22 expresa la garantía de la limpieza hecha por Jesucristo en su obra sacerdotal de esta manera: "[acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura](#)"

Finalmente, si usted es de lo que ha seguido de cerca esta serie de sermones, seguro encontrará la implacable reiteración sobre la persona de Jesucristo para hablar de lo que es **ser iglesia**, pero disculpe, el asunto puede resultarle a muchos como "fastidioso" y hasta "trillado", pero permítanme recordarles que muchas veces su presencia aquí y la presencia de muchos de nosotros deja mucho que decir, en el sentido que estamos reunidos en su nombre. Y al hacerlo así, si que en verdad sea en su nombre, estamos demostrando la mayor ignorancia de lo que significa **ser iglesia**.

Así que, no se olvide, y si lo hace, vuélvase a recordar a cada instante: Estamos aquí y vale la pena reunirse como su iglesia, porque Jesucristo ha realizado la única obra confiable que nos hace tener acceso, el deseo y la disposición de estar juntos, para leerle, cantarle y orarle juntos y en armonía.

La pregunta para finalizar este punto es: ¿Hemos venido hoy a reunirnos como iglesia, porque nos sentimos confiados y seguros en la obra única y completa que ha hecho Jesucristo, y así vemos a cada uno de nuestros hermanos?

II. Significa en segundo lugar, que nos reunimos como iglesia para ministrarnos el uno al otro en amor y a las buenas obras. (Hebreos 10:22-25)

Desde que compartimos, como hermanos cristianos, los beneficios de la obra de Cristo como sumo sacerdote, tenemos una responsabilidad de ministrarnos los unos a los otros en amor. Ese es uno de los más grandes propósitos de nuestras reuniones, de nuestras asambleas.

El versículo 25 nos dice “No dejemos de congregarnos, como algunos tienen por costumbre; más bien, exhortémonos, y con mayor razón cuando veis que el día se acerca” Así este versículo nos explica cómo podemos provocarnos unos a otros a llevar una vida piadosa como iglesia. Dice que debemos cuidarnos los unos a los otros para no dejarnos de congregar. Esto quiere decir que es una responsabilidad compartida la de ministrarnos ánimo para así evitar el que busquemos dejar de estar reunidos en su nombre como su iglesia. Es importante destacar y para ello cito textualmente lo que dice el Comentario Siglo 21: “El autor usa un término para esas reuniones (gr. episynagoge, “asamblea”) que es paralelo en sentido a “iglesia” y sugiere una reunión formal de algún tipo.” Esto quiere decir, que nosotros debemos cuidarnos para que no dejemos de reunir dominicalmente, si ese es el día que hemos dispuesto a reunirnos como comunidad. Lo interesante de esto, es que muchas veces le leemos este versículo a las personas que dejan de venir, pero sin darnos cuentas hemos dejado pasar por alto, la responsabilidad que implica para todos, puesto que el versículo mismo nos hace partícipe de este ministerio. En fin, ministrarnos los unos a los otros en amor es cuidarnos para que no dejemos de reunirnos en su nombre como iglesia. Y como mencionamos en un anterior sermón: Quien nos ha enseñado y nos enseña del amor es Dios mismo, el cual con su amor nos dicta cátedra para nosotros dispensar amor a los otros.

Por otra parte el autor de Hebreos, está muy preocupado por los creyentes que abandonan de forma deliberada la congregación, puesto que para él, por la manera que se lee en el contexto, los que de forma deliberada y persistentemente abandonan la comunidad de los creyentes cristianos están en “peligro de abandonar al mismo Señor”. Esto quiere decir que cuando abandonamos la comunidad de los creyentes, cuando nos alejamos de ella de forma deliberada y ya lo tenemos por una costumbre o sea, de forma persistente, corremos el riesgo de caer en la mentira de creer que estamos mejor así que con los hermanos.

Por ello el autor nos dice en el versículo anterior: “*Considerémonos (preocupémonos [NVI], Busquemos la manera de ayudarnos [DHH], los unos a los otros para estimularnos (provocarnos) al amor y a las buenas obras*” Esto quiere decir pues que, **debemos reunirnos para ministrarnos los unos a los otros en el amor y las buenas obras**. Estas son las dos cosas que deben prevalecer en nuestras reuniones como las que tú, yo y otros estamos domingo a domingo o en los días que hemos decidido reunirnos en su nombre. Debemos saber que estamos hoy aquí reunidos para hacer todo lo posible en ayudarnos los unos a los otros para ministrarnos amor, sea lo que sea, esté pasando lo que esté pasando entre nosotros, es nuestra responsabilidad bajar la guardia, quitar pretensiones y anular juicio y abrir la compuerta de dispensar amor, de otra manera no hacemos nada estando aquí, cerremos las puertas y vayámonos al mundo, así si nos entenderán cuando actuamos sin amor. Como de igual manera ministrarnos en la formación de las buenas obras.

Para así decirle nuestro Señor: “Me gusta estar en tu casa, no sólo porque puedo y tengo acceso a celebrar con tu pueblo, sino porque es justo allí donde me ministran amor y me animan a que yo me conduzca por las buenas obras, y no sólo eso, sino que yo también tengo la posibilidad de ministrar amor y animar a mis hermanos en el ejercicio de las buenas obras”

La pregunta para finalizar este punto es: ¿Hemos venido hoy a reunirnos como iglesia, porque estamos dispuesto a ministrar y a ser ministrados en amor y también a animarnos unos a los otros a las buenas obras?

Conclusión: Cuando nos pregunten ¿Qué sentido tiene el que ustedes se reúnan como iglesia?

Nos reunimos confiadamente como la familia de Dios, porque tenemos a Jesucristo como nuestro supremo sacerdote.

Nos reunimos porque necesitamos ministrarnos el uno al otro en amor, así como animarnos hacer las buenas obras.

Han sido seis sermones consecutivos, allí en los editoriales del Boletín Dominical han quedado escritos, así como también en la página Web. Pienso que ahora queda de parte de cada uno de nosotros el revisar y si Dios se los permite y los anima, puedan ustedes reunirse alrededor de cada uno de los escritos para que así lo discutan, extraigan lo bueno y rechacen lo que consideren malo.

¡Dios les bendiga!